

En la biografía de José López Lara podría añadirse que murió en Belchite, en septiembre de 1937, después de haberse pasado a las filas nacionales, lo cual no le ahorró de ser perseguido y condenado absurdamente en 1943 a doce años de reclusión.

El autor reconoce que no da la investigación por cerrada. Refiriéndose al conjunto de militares españoles vinculados directa o indirectamente con la masonería, escribe que «son bastantes los que aún quedan por dilucidar» y que el desarrollo de la investigación en el futuro puede aportar nuevos nombres si se analizan sistemáticamente los cuadros de las logias, los libros de actas, la correspondencia y otros documentos administrativos. Y hace bien porque sabe que la nómina de militares masones puede crecer.

En realidad, los estudios publicados muestran ya datos para añadir al diccionario de Manuel de Paz. Sirva solamente de ejemplo que, en una publicación nuestra de 1987, sobre la masonería gerundense (*Els fills de la llum. Els francmaçons de les comarques gironines, 1811-1987*) aparecen los nombres de Juan Chinarro Martínez, José García Hernández, Francisco Gómez Padrosa, Manuel Pérez del Castillo, Pablo Vidal Balagué y Ricardo Ximénez Fortó, que deberían incluirse en una futura ampliación del diccionario. Asimismo no debe faltar una entrada para Casimiro Tecles Ramos, miembro de la logia Blasco Ibáñez, que en 1934 se colocó al frente de una patrulla de sargentos y soldados procedentes de Valencia, para depositar unas coronas de flores ante las tumbas de Galán y García Hernández en Huesca, según explica Ferrer Benimeli en el volumen II de su *Masonería contemporánea*, de 1980.

Estas apreciaciones, como hemos advertido, no impiden que la obra de Manuel de Paz pueda ser calibrada de ejemplar e indispensable para el estudio y conocimiento de la historia contemporánea española.

Josep Clara

Universitat de Girona

RODRÍGUEZ MENDOZA, Félix: *Sociología de la emigración canaria a América. Un estudio del fenómeno migratorio en la comarca noroeste de Tenerife entre 1750 y 1830*. Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria. Ediciones Idea, colección: «Desde América», nº 6. 2004, 404 pp.

Bajo el título *Sociología de la emigración canaria a América*, Ediciones Idea acaba de publicar un resumen de la tesis doctoral que el historiador Félix Rodríguez Mendoza leyó el 2 de julio de 2004 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de La Laguna. Tal y como reza en el subtítulo, la investigación aborda, desde el punto de vista geográfico, la comarca del noroeste de Tenerife (localidades de Icod de los Vinos, Garachico, San Juan de la Rambla, La Guancha, Buenavista, Los Silos, El Tanque, Santiago del Teide y Guía de Isora) y, desde el cronológico, el tramo final del antiguo régimen

(1750-1830). Aunque los criterios seguidos para fijar los límites temporales no están muy claros, la promulgación del decreto de libre comercio con América, en 1765, y paulatina la independencia de las colonias americanas tras la invasión francesa, en 1808, otorgan al grueso del período estudiado una cierta personalidad frente a los inmediatamente anterior y posterior. Otro tanto ocurre en su interior, donde los sucesivos acontecimientos bélicos, el interés de la Corona por fomentar el poblamiento de algunas zonas de América y la supresión de la Casa de Contratación en 1778, dejan en evidencia dos de los rasgos más distintivos del período: la inestabilidad del contexto internacional y del armazón jurídico para la emigración. Las principales fuentes utilizadas han sido los protocolos notariales depositados en el Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife, mientras que entre las bibliográficas destaca el uso intensivo de la obra del especialista más destacado en la materia, el profesor titular de Historia de América de la Universidad de La Laguna, Manuel Hernández González, el cual, a la sazón, dirigió en su momento la tesis y dirige actualmente la colección en la que el resumen de ésta ha sido publicado.

Al calor del microespacio estudiado, el trabajo ha conseguido atenuar uno de los mayores problemas que presenta el estudio de la emigración canaria en la Edad moderna, a saber: la ausencia de series estadísticas que, como las publicadas en la Edad contemporánea por el *Instituto Geográfico y Estadístico* a partir de 1882 o el *Consejo Superior de Emigración* desde 1909, permitan aproximar, dentro de unos márgenes de error razonables, el volumen de los flujos migratorios para poder ponderar en el seno del contingente los datos individuales que han quedado reflejados en los protocolos notariales. En los ochenta años estudiados, la investigación ha sacado a la luz, con nombre y apellidos, un total de 1.488 emigrantes en una comarca cuyos recursos demográficos apenas suponían el 10 por 100 de los específicos de su isla y el 4 por 100 de los globales del archipiélago (en 1802, Tenerife tenía 70.000 habitantes y las Islas Canarias no llegaban a los 200.000). Para redondear el recuento con las salidas que no dejaron huella en los protocolos notariales, el autor considera que la cifra hay que inflarla entre un 25 y un 50 por 100 para incluir a los emigrantes clandestinos, a los naturales de la comarca que partieron de otras localidades, a los que fueron enrolados como milicianos, a los clérigos que viajaron como capellanes de las tripulaciones y a los embarcados en virtud de disposiciones como la Real Cédula de 1678 que, para favorecer el poblamiento de determinados enclaves estratégicos, exigía a la burguesía isleña el envío de cinco familias por cada 100 toneladas de mercancía exportada a América. Luego, una vez cruzado el Atlántico, el 64 por 100 del minúsculo contingente se desparramó por las proximidades de la ciudad de La Habana, donde fue engullido por sus 50.000 habitantes, mientras el 31 por 100 hizo lo propio en Caracas, ciudad que, aunque tenía una menor población, su *hinterland* acaparaba el 60 por 100 de los 780.000 habitantes que había en Venezuela a inicios del siglo XIX.

Sobre el marco cuantitativo perfilado, el autor deja patente la incidencia que en el éxodo ejercieron, de un lado, los factores de expulsión de la comarca y los cauces abiertos entre ambas orillas del Atlántico por las redes migratorias tejidas al calor de los familiares y amigos emigrados previamente; y, de otro, la coyuntura internacional y la evolución

de la economía en ambos polos del flujo migratorio. Consecuencia de todo ello fueron la alternancia de períodos de emigración muy intensa, evidentemente, en términos de la época, con otros en los que ésta quedó prácticamente colpasada durante varios años. En paralelo a la evolución dicrónica, la obra recrea, e ilustra con casos puntuales, las vivencias de aquellos 1.488 habitantes del noroeste de Tenerife que decidieron probar fortuna en América, como dijimos, en base a las circunstancias y los datos que dejaron reflejados en los protocolos notariales. Las vertientes abordadas van desde la financiación y los preparativos del viaje, hasta las actividades económicas desarrolladas por los transterrados en sus lugares de destino, pasando por las consecuencias del éxodo en la comarca y, en particular, la precaria situación de muchas de las mujeres de los emigrados que perdieron el contacto con sus maridos. De esta manera, el lector tiene acceso a un sinfín de pinceladas de la emigración de la época que se hacen eco, asimismo, de una casuística muy dispar que, por lo demás, guarda coherencia con el hecho de que ésta aún no se había convertido en un fenómeno de masas.

En definitiva, estamos ante una aportación que, al incorporar las especificidades de una demarcación muy concreta del archipiélago, enriquece el estado de los conocimientos de la emigración canaria a finales del Antiguo régimen y, asimismo, reivindica la acometida de trabajos similares en otros microespacios para ir, poco a poco, detectando todas sus variantes locales y comarcales.

Julio Antonio Yanes Mesa
Universidad de La Laguna

MONTES BERNÁRDEZ, Ricardo: *Lucha por la supervivencia. De motines, huelgas y manifestaciones en la Región de Murcia (1808-1914)*. Murcia, Nausícaä. 2005. 153 pp.

La formación histórica de la clase obrera murciana es un proceso lento, incompleto y desigual. Obedece a la diferente significación de las pautas económicas que se superponen en el largo siglo XIX: agricultura tradicional y, luego, exportadora, minería, metalurgia y algunos enclaves industriales de dispar significación. Tal evolución económica, a pesar de sus logros evidentes, no alcanzará un crecimiento autosostenido. Miles de trabajadores se verán obligados a abandonar su tierra en busca de oportunidades, primero hacia Argelia y desde 1914 a Cataluña —el «mito Barcelona»— y Francia. Sus localidades de origen son las inciertas cuencas mineras y las zonas de agricultura atrasada. No existe, en conclusión, una sola clase obrera ni su comportamiento podrá ser el mismo.

Los jornaleros agrícolas son mayoritarios, pero su aislamiento y su analfabetismo les convierte —con pocas excepciones— en la masa dúctil que manipula a su antojo el cacique y es la Iglesia quien los encauza en sindicatos amarillos. Es así como se constituye la Fed-